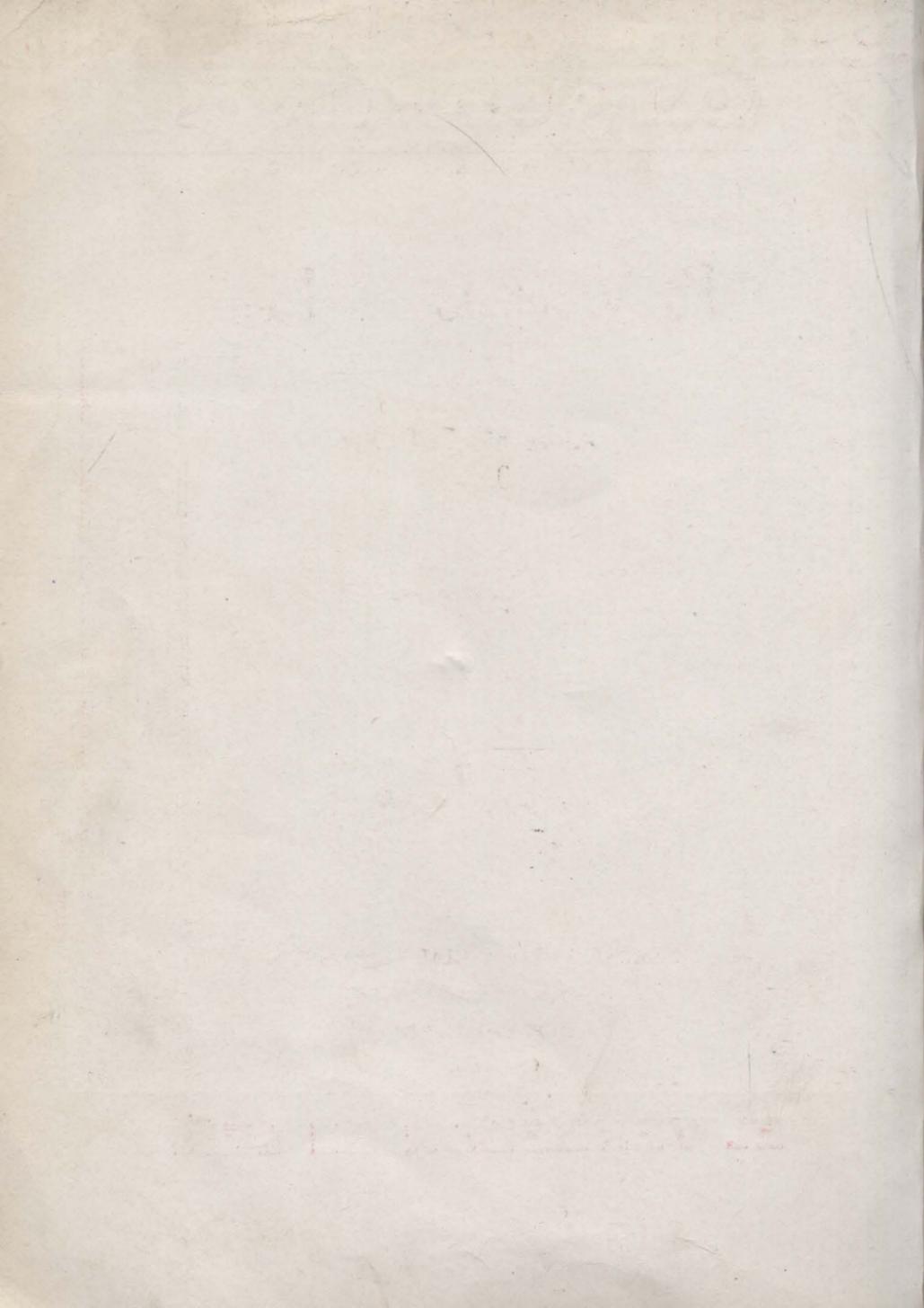


# Biblioteca Infantil Argentina



**EL VENDEDOR DE LEÑA**

**Ada M. Elflein**



31-173

mm  
020

Biblioteca Infantil Argentina

# El Vendedor de Leña

POR

ADA M. ELFLEIN

20.195

CON ILUSTRACIONES

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



Propiedad registrada  
de acuerdo con la ley  
N.º 7092.

(Prohibida su reproducción)



CIELO plomizo se tendía sobre el hermoso valle de Lerma. La tranquila lluvia estival de los trópicos caía sin cesar. Los montes parecían haber cubierto su vestidura verde con una gasa gris, y la ciudad de Salta envolvía sus campanarios en velos opacos y húmedos. Corría el agua sin brillo por las laderas; los árboles inclinaban sus hojas pesadas y dejaban caer las gotas como diminutas cascadas.

En el corral de piedra de la hacienda de Castañares, al Norte de la ciudad, el ejército patriota acampaba como mejor podía, prodigando los soldados mayor cuidado a sus armas que a sus propios cuerpos.

Desde la altura, el general Belgrano inspeccionaba con el anteojo el futuro campo de batalla, mientras su ayudante, el capitán salteño José Apolinario Saravia, esperaba junto a él sus comunicaciones u órdenes.

—¿Cómo se llama aquel arroyo o riacho, Saravia?—preguntó Belgrano.

—Es el Tagarete de Tineo, señor general.

—¿Será vadeable? Está muy crecido.

—Tiene tres puentecitos, aunque muy estrechos. ¿Los ve? Allá a distancia de una cuadra uno de otro.

—Los veo. ¡Y aquel puente grande de piedra?

—El puente de San Bernardo. Y allí están los Portezuelos. ¡Bien defendidos están!

—Como que Tristán nos esperaba por allí. Ojalá pudiese ver lo que hace ahora. Si conociese con exactitud sus fuerzas y sus intenciones, daría por segura nuestra victoria.

—Quizá yo se lo podría averiguar, señor general. Tengo servidores muy fieles aquí, y si el señor general me da permiso, veré si puedo utilizarlos.

De buen grado dió su permiso el general.

---

## II

La estanzuela de Castaños, bien conocida hoy en la historia militar argentina, pertenecía al coronel don Pedro José Saravia, padre del capitán ayudante de Belgrano. Este joven, guerrillero audaz y ya célebre, parecía indígena: facciones, color, pelo, todo se unía para darle aspecto de indio, razón por la cual era conocido en Salta por el apodo de «Chocolate Saravia». Estas condiciones físicas fueron las que le sugirieron su plan.

A la hora próximamente de haberse despedido de su ayudanté, el general, que conversaba con algunos oficiales, vió bajar por la cuesta un indio arreando una recua de burritos cargados de leña. Vestía harapos; su cabeza estaba cubierta con un viejo sombrero y calzaba ojotas. Saludó con humildad al pasar frente al general, quien le contestó con indiferencia y distraídamente le miró alejarse camino de la ciudad.

---

## III

Una esclava negra de doña Juana Moro de López, dama salteña de las más patriotas, salió a la puerta al oír el pregón de un leñador.

—¿A cuánto la carga?—preguntó al indio que arreaba los burros.

—A dos pesos.

—¿A cuánto?

—A dos pesos.

—¿Estás loco, demonio? Te doy dos reales.

—¿Dos reales, sí! Vaya usted a juntar leña allá arriba, junto a los enemigos, y vea si luego la da a dos reales.

—¿Cómo enemigos? ¿Acaso son enemigos los soldados de la patria?

—¿Qué patria! Nos han de robar lo mismo que los soldados del rey. ¿Quiere la leña?

—Dásela al diablo para tostarte.

—A usted no le hace falta, porque ya está tostada—replicó el indio, juntó sus burros y se marchó impasible, perseguido por los de-nuestros de la negra furiosa.

—Casa de López, patriotas—pensó el Chocolate Saravia.—No podía ser de otro modo. Vamos a ver ahora dónde vive Tristán.

Pronto averiguó que se hospedaba en casa de la familia de Costas, y allá fué a ofrecer su leña.



—¿A cuánto?—preguntó un asistente.

—Dos pesos.

—¿Toda?

—¿Cómo toda? La carga.

—Dos palos te había de dar.

—Dos palos casi me dieron mientras juntaba la leña.

—¿Quién?

—Los porteños, pues.

—¿Son muchos?

—¡Huy! ¡Son más...!

—Si estuviese el general, podrías decirle lo que sabes.

—Y yo, ¿qué sé?—dijo el indio con aire desconfiado.—Yo no sé nada.

Dió un varazo al burro más próximo y se dispuso a marchar.

—¿Acaso el general necesita que yo le dé noticias?—preguntó como al descuido.

—No anda sino pidiéndolas. Dí, ¿y la leña?

—Ya sabe.

El soldado le dijo lo que en su opinión debía hacer con su leña y le dió con la puerta en las narices. Saravia, confirmado en sus sospechas de que el general realista no estaba muy enterado de lo que le importaba saber, prosiguió su viaje de exploración por la ciudad, siempre pregonando su mercancía, por la cual siguió pidiendo un precio exorbitante, precisamente para no vender y tener pretexto para recorrer todas las calles y golpear en todas las puertas. Averiguó que los cuarteles españoles se hallaban instalados en los conventos de La Merced y San Francisco, en el Hospital de San Bernardo y en el Cabildo. Observó el estado de ánimo de la población: alegría entre los patriotas, consternación entre los realistas. Notó con ojo de militar la calidad y fuerza de los armamentos, el número de las tropas y una serie de detalles cuyo conocimiento podría resultar de provecho para el general Belgrano. La casualidad le deparó también un descubrimiento inesperado e interesante.

Ofreció su leña en casa de doña Martina Silva, otra señora de acendrado patriotismo. En el gran patio, los esclavos ensillaban varios caballos con sillas de señora, mientras la dueña de casa y varias otras damas, todas en traje de amazona, conversaban esperando



—¡Vive Dios, Saravia!—exclamó.

el momento de montar. Entre ellas, Saravia reconoció a doña Juana Moro de López, a la señora de Aráoz y a la de Figueroa, todas pertenecientes a familias adictas a la revolución.

—¿Dónde cortaste? — preguntóle doña Juana.

—En Castañares, señora.

—¿Y no anduviste por los Cerrillos?

—También, sí, señora—repuso Saravia, aunque no era cierto; pero sabía que doña Martina tenía en aquel paraje grandes propiedades y deseaba conocer el por qué de la pregunta.

—¿No viste que la gente estaba juntando caballos y mulas?

—No ví, señora.

—¿No les dije?—observó otra dama.—Si nosotras no vamos allá, los paisanos se dejarán estar.

—Quién sabe si se fijó bien el indio.

—Si hubiesen reunido los animales, como lo ordenamos, habría tenido que notarlo a la fuerza.

—Quizá haya notado y no quiera decirlo—opinó otra en voz baja, para que el leñador no la oyera.—Estos indígenas son muy taimados; todo lo ven y todo lo oyen; pero cuando se les pregunta, jamás saben nada.

—Es cierto; pero este parece tonto de

veras—dijo doña Martina, también en voz queda, con gran recogido del supuesto indio, que no perdía una palabra.—No importa,—añadió—ya les vamos a alborotar el cotarro. Señoras, ya están los caballos. Vamos a procurar ayuda al general Belgrano. Puedes dejar la leña—se dirigió a Saravia.—¿A cuánto la vendes?

—A dos pesos la carga, su merced. Está cara.

—¡Ya se ve, caramba, que está cara!—exclamó doña Martina escandalizada.—Vete, indio bribón, a ver quién te da dos pesos por la carga.

—No había sido tan tonto como creíamos—dijo doña Juana riendo, al ponerse en marcha la cabalgata, escoltada por esclavos. Saravia alcanzó todavía a oír como decía otra:

—¿Saben que el indio se parecía al Chocolate Saravia?

—Vaya, es tiempo—pensó riendo para sus adentros.—Vamos a vender por fin esta leña, y en marcha. Ya he averiguado cuanto pueda interesar al general.

Enderezó para su propia casa, situada en la misma plaza Mayor, y ofreció su mercancía a una criada que barría el zaguán. Al acercarse ella, le dijo en voz baja algunas palabras. La mujer le miró alzando los brazos al cielo.

—¡Chist! ¡Silencio!—cortó él la exclamación traidora que presentía llegar.—Abre el portón para entrar los burros.

Poco después, éstos volvían a salir descargados y tomaban de nuevo el camino del campo, arreados por su dueño, que los seguía pausada e impasiblemente.

—¿Y la leña?—le preguntaron desde algunas casas, donde la había ofrecido horas antes.

—Vendida.

—¿Toda?

—Todita.

—A dos pesos, ¿eh?—Esto en tono irónico.

—Ya lo creo. Ni un cuartillo menos.

—No embromes. ¿Quién te los iba a dar?

—Pues en casa de Saravia me los dieron. Gente poderosa, los Saravia. No regatean. «¿Cuánto vale?—Tanto,—Pues descarga y toma.»—Y se acabó. Gran señor, don Pedro José. No regatea.

Y fuése, oyendo con risa disimulada los re-funfuños de los que se sentían heridos por su elogio de los Saravia, que «no regateaban».





## IV

Las avanzadas del ejército patriota consideraron sospechoso a un indio que subía desde la ciudad y se negaba a darles datos acerca del enemigo.

—Ha de ser espía—dijo un soldado.—Fusilémoslo.

—Para que después el general nos haga fusilar a todos nosotros—observó otro.

—Quiero hablar con el general—dijo el indio, como si aquel título hubiese herido su imaginación sugiriéndole una idea.

—Tiempo para recibirte tiene el general,  
—le respondieron riendo.—¿Qué quieres con él?

—Decirle algo.

—Nosotros se lo podemos decir también.  
¿Qué es?

El indio sacudió la cabeza.

—Quiero hablar con el general,—insistió.

A todas las preguntas e instancias de los soldados, respondió con monosílabos y con el mismo pedido. Sólo una vez halló conveniente agregar a guisa de explicación:

—Sé una cosa.

Tuvieron que hacer, al fin, su voluntad, temerosos de que se les responsabilizara si por culpa de ellos se le escapaba al general algún dato importante.

Belgrano le interpeló con severidad.

—¿Cómo pudiste salir de la ciudad?

—Me dejaron, señor,—repuso el indio humildemente.—Me conocen.

—¿Hay muchos soldados allá abajo?

—Muchos, señor.

—¿Y cañones?

—Muchos, señor.

—¿Y caballos?

—Muchos, señor.

—Bueno, en fin, y ¿qué querías decirme?  
—preguntó Belgrano, impacientado por el laconismo del indígena.

—¡Muchas cosas, señor general!

El jefe del ejército dió un paso atrás. ¿Esa voz? ¿Ese gesto? ¿Ese hombre cuadrado de repente ante él con rigidez marcial, la mano alzada en el saludo militar?

—¡Vive Dios, Saravia!—exclamó.

Un apretón de manos y una palabra honrosa fueron el premio de la audaz hazaña.

## V

Las noticias traídas por su ayudante contribuyeron mucho a que Belgrano pudiera tomar sus disposiciones con acierto. Buena ayuda prestó también el contingente de paisanos reclutados medio de grado, medio a la fuerza, por doña Martina Silva y sus compañeras.

Después de la batalla gloriosa para las armas patricias, cuando se conocieron todas las circunstancias y los rasgos de heroísmo de los criollos, causó gran hilaridad en Salta la aventura del Chocolate Saravia. Doña Martina necesitó todo su buen espíritu para defenderse de las bromas del capitán, quien no perdía oportunidad de rememorar su afirmación de que el leñador parecía «tonto

de veras». Entonces doña Juana Moro trataba de apaciguarle recordándole que ella, por su parte, había dicho que no era tan tonto, al fin y al cabo. Pero él sostenía que eso no lo había dicho sino para hacerle rebajar el precio de la leña.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

FIN.





# **BIBLIOTECA INFANTIL ARGENTINA**

---

## **VOLÚMENES PUBLICADOS**

**Un deseo cumplido**

**El vendedor de leña**

**A mano**

**La visita del Presidente**

**El Ñato**

**La Partida**

**Cacho**

**El hijo de la esclava**